



## AL DÍA SIGUIENTE

**D**URANTE las primeras horas de la alta noche, Nieves se despertó muchas veces: aún dormida oía aquel borboteo de la mar relatando el suceso á todo el mundo y reclamando la presa que le habían arrebatado de las fauces; pero estaba en la flor de la vida, á la edad en que las heridas no ahondan tanto como duelen; su quebranto físico era grande, porque el batallar del día había sido de prueba; y al cabo, la rindió un sueño reparador y tranquilo del que no despertó hasta bien entrada la mañana.

Pero el bendito de su padre no pegó el ojo en toda la santa noche. ¡Lo que él se revolvió en aquella cama buscando posturas para ahuyentar las quimeras que le desvelaban! ¡Los espacios que él recorrió con la imaginación en tantas, tan largas y tan calladas horas! En oca-

siones, hasta se dolía de haber permitido tomar tan altos vuelos á «la loca de su casa».

—No tanto, ¡canástoles!, no tanto—se decía, —que tan malo es pasarse como no llegar. Que hay algo, no tiene duda; pero ¿por qué hemos de echar las corrientes hacia ese lado y no hacia otro? ¡La condenada malicia humana que jamás se arrepiente ni se enmienda!... No estoy conforme, no, señor, ni puedo estarlo. Hay que buscar por otra parte, y con juicio, y con equidad... y con lógica...

Y se daba de nuevo á cavilar; pero por dondequiera que echara sus cavilaciones, siempre tenían el mismo paradero. Había tomado ya un vicio su máquina de discurrir; y en cuanto se ponía en movimiento, un poco más acá ó un poco más allá, caía hacia el lado de siempre. Y este vicio era una idea que se le había metido entre los cascos en fuerza de indagar precedentes, amontonar supuestos y analizar indicios. No creía haber descubierto el caso limpio y morondo; pero sí su progenie, su parentesco. Comprobado este hallazgo, no era imposible encontrar lo que buscaba y cuyo valor positivo no era otro, estaba bien seguro de ello, que el misterio en que se lo envolvían. De todas suertes, existiera ó no, halláralo ó no lo hallara, de los desbroces hechos ya en aquel terreno había resultado una enseñanza para él, que no debía

ser olvidada: había pecado, estaba pecando de optimista en determinadas cosas muy delicadas de por sí; y por grande que fuera su confianza en la virtud de ciertos principios fisiológicos, eran mayores los riesgos que se corrían en el caso actual, á la menor equivocación. Y en la duda, abstenerse. Lo primero que había que hacer, era un cambio de costumbres en su casa: más disciplina, más hogar, menos égloga. Bueno era el aire puro y libre, pero no en tanta cantidad ni á todas horas; bueno el ejercicio de las fuerzas físicas, buenas la holgura y la despreocupación campestres; pero con discreción y sin menoscabo de otras leyes y de otros respetos muy atendibles y muy racionales. Por suerte de don Alejandro, aquel cambio de costumbres podía hacerse, se haría forzosamente sin necesidad de que se traslucieran sus sospechas ni sus arrepentimientos, ni se ofendieran pundonores ni delicadezas de nadie, con la venida de su sobrino Nacho. Desde el momento en que Nacho se alojara en Peleches, hasta por cortesía estaban obligados él (don Alejandro Bermúdez) y su hija á acomodar sus costumbres á los gustos del forastero, que de fijo los tendría muy diferentes de los que venían privando allí. Por su cuenta, Nacho no tardaría una semana en llegar á Peleches; de un momento á otro esperaba car-

ta suya que se lo confirmara, desde Madrid.

—Y en viniendo él—concluyó Bermúdez, volviéndose hacia el otro lado,—todo cambiará de aspecto y marchará como una seda por donde debe marchar... Sí, señor, ¡canástoles!, aunque el demonio se empeñe en otra cosa, que no se empeñará, porque no hay razón de fuste para que se empeñe.

Llegó el día, movióse la gente del solariego caserón, púsose á su faena cada cual, apareció Nieves en escena á media mañana; y tan en su centro acostumbrado, en tan completa serenidad, tan semejante á sí misma la halló su padre, que sintió como remordimientos de haber caído en las aprensiones que le tenían sin sosiego veinticuatro horas hacía. «¡Ah, pícaras suspicacias!—se decía viéndola trajinar y revolverse tranquila, descuidada y risueña.— ¡Condenadas flaquezas del meollo, que así arrastráis por los suelos los más hidalgos propósitos y las esperanzas mejor puestas!... Sin embargo—añadió por final de su *confiteor*,—no se ha perdido todo en esta batalla innoble y deshonrosa para mí, puesto que he sacado de ella una enseñanza que no se paga con dinero, ni con la mala noche que me ha costado... Porque la enseñanza queda, ¡vaya si queda, canástoles!... Porque lo que no ha sido, pudo, puede y podrá ser.»

Como esta evolución del ánimo de Bermúdez se le reflejó en la cara, y se la tornó risueña y apacible, y fueron también risueñas y apacibles sus palabras, Nieves renunció al propósito con que se había levantado de revelar el secreto, en la mejor forma que pudiera, si continuaba el pobre hombre en las torturas de la víspera.

Todo iba, pues, á pedir del deseo en aquel día; y para que nada le faltase á don Alejandro, hasta recibió carta de Nachito; de Nachito, que anunciaba su salida de Madrid al día siguiente. Se detendría cuatro en la capital; y en seguida, de un tirón, á Peleches. Sacó Bermúdez la cuenta por los dedos, temblones de gusto... Era jueves... Al anoecer del martes le tendría allí... ¡Canástoles, qué fortuna!... Á Nieves con la noticia...

Estaba en el saloncillo muy descuidada; se la espetó de golpe su padre, y como un golpe en la espinilla la recibió.

Á don Alejandro se le alargó la cara medio palmo.

—Mujer—la dijo plantado delante de ella, con la carta en una de las manos, caídas al desgaire,—va ya picando en historia este delicado particular. Si no son cuatro, no bajan de tres con ésta las veces que has recibido las noticias de tu primo como el diablo la presencia

de la cruz; y ¡qué quieres que te diga?... me disgusta, me... vamos, que no me parece bien, porque no es justo... en fin, ¡qué canástoles! que hasta me desazona un poco...

También se desazonó un poquito Nieves con esta reprimenda de su padre, á juzgar por el ceño que puso y otras señales que se le notaron; pero se dominó pronto y respondió con entereza, aunque en calma:

—Es que das tú tanta importancia á eso que llamas delicado particular, que todo te parece poco para él. A ti te entusiasma; pues á mí no: ya te lo he dicho en otras ocasiones. Esto no es un pecado, papá. ¿Quieres que reciba esas noticias dando brinquitos y batiendo las palmas? Pues te engañaría si hiciera eso. ¿Me quieres hipocritilla y mentirosa, ó me quieres llana y á la buena de Dios? ¿Me has visto alguna vez más entusiasmada que ahora con tu sobrino? Pues si me quieres sincera y llana, y nada hago ahora que, en rigor de verdad, pueda saber-te á nuevo, ¿por qué te enfadas conmigo cuando no recibo esas noticias con la alegría que tú?

—¡Si no me enfado, hija mía!—replicó don Alejandro dulcificando el tono de sus palabras y la expresión de su semblante,—lo que se llama propiamente enfadarme... ni siquiera te pido que te alborotes de alegría; y me conformo con mucho menos: con que no te causen disgus-

to estas noticias. Pues ni eso poco me concedes: ya ves que no puedes concederme menos... y es natural, muy natural, que lo sienta; y sintiéndolo, que te lo diga; lo cual no debe extrañarte, porque también tú me querrás sincero antes que falso... ¿No es así, Nieves?... En este supuesto, todavía tengo que decirte más, y te digo que es cierto que nunca te vi entusiasmada con tu primo; pero que también es verdad que lo de ese disgustillo de que te acabo de hablar, es cosa nueva en ti: desde que estamos en Peleches.

—Como que antes de estar en Peleches nosotros no se había tratado de su venida.

—¿De manera que vienes á confesarme explícitamente—dijo don Alejandro volviendo á nublársele un poco la cara—que te disgusta la venida de tu primo?

—Precisamente la venida por sí sola, no—repuso Nieves sin amilanarse con la consecuencia sacada de sus palabras por su padre.

—Pues ¿qué es lo que te disgusta entonces?—preguntó Bermúdez seriamente interesado ya en la conversación.

Nieves, luchando con resolución contra ciertas dificultades fáciles de presumir, que hallaba en la empresa en que se había empeñado, respondió, jugueteando con la tijerita con que cortaba las hilachas del bordado en que se entretenía:

—Me disgusta... ó mejor dicho, no me gusta, algo que tiene que ver, ó que puede tenerlo, con la venida esa.

—Y ¿cuál es ese algo? Será cosa nueva también, como el disgusto.

—No por cierto.

—Y ¿cómo no te ha disgustado antes de ahora?

—Porque la veía más de lejos, y no me apuraba.

—Pues no te entiendo, hija mía.

Nieves pinchó con la tijera muchas veces el bordado, que ninguna culpa tenía de sus apuros, y se calló; pero su padre no se satisfizo con tan poco, y añadió á lo dicho:

—Si me hicieras el favor de explicarte... Porque el caso lo merece.

—¡Yo lo creo!—respondió Nieves sin titubear.

—Pues entonces...

—Quería yo decir—repuso ella algo á ras-tras—que si esa venida no fuera más que... venir por venir... vamos, una venida como otra cualquiera...

—Ya estoy—observó don Alejandro rascándose la coronilla con un dedo.—Pero eso es volver adonde estábamos antes... Lo que yo necesito es que me expliques el algo especialísimo que trae consigo esa venida.

Aquí volvió Nieves á pinchar el bordado con la tijera, y además se puso á balancear con la otra mano el bastidor que tenía sobre las rodillas. Su padre entonces, lleno ya de alarmante curiosidad, arrimó una silla á la de su hija y se sentó pidiendo, casi por el amor de Dios, una respuesta. Nieves le contestó, ar-mándose de la mayor firmeza que pudo:

—Mira, papá: yo hablaría contigo de muy buena gana sobre ese asunto, y muy despacio, porque lo merece bien, como tú has dicho; pero no me atrevo, no sé... Soy una mozuela sin experiencia y sin arte... Tengo acá mi modo de ver y mis ideas... pero nada más: en mis adentros y á solas, me lo explico y lo siento bien; y si me pongo á explicártelo á ti, temo decir lo que no debo y callarme lo que debiera decir... Es falta de costumbre... y de valor. ¿No te parece esto muy natural?...

—Muy natural—confirmó su padre, que ya estaba en ascuas, arrimándose más á ella;—muy natural y disculpable en una niña tan bien educada como tú; pero como el punto es de importancia, de muchísima importancia, y una de las cosas que con más empeño te he enseñado yo es á que te acostumbres á ver en tu padre al mejor de tus amigos, espero que has de vencer en seguida esos reparos, para que acabe yo de entenderte; y si lo crees necesi-

rio, hasta te lo suplico... Conque ya te escucho, hija mía. Habla, ¡habla por el amor de Dios!

Y habló de esta manera Nieves, con mayor frescura de la que ella se había imaginado:

—Una vez, en Sevilla, te empeñaste en saber si me interesaba mucho ó poco la venida de Nacho á vivir con nosotros aquí. Fué unos días antes de ponernos en camino. ¿Te acuerdas?

—Sí que me acuerdo: adelante.

—Pero me lo preguntaste de un modo tan particular, que me aturdí. Tú tomaste aquel aturdimiento mío como mejor te pareció, y así quedaron las cosas... ¿No es cierto, papá?

—Puede que lo sea... ¿Y qué más?

—Por algo que te dejaste decir entonces—continuó Nieves con voz bastante insegura, pero con bien hecha resolución—y otras señales que yo conocía desde mucho tiempo atrás, sospeché que entre mi tía Lucrecia y tú había... ciertos planes que tenían mucho que ver con la venida de mi primo á España... Con franqueza, papá: ¿los había ó no los había? ¿los hay ó no los hay á la hora presente?

Respingó sobre la silla don Alejandro al sentirse acometido tan de golpe y tan de lleno por aquella pregunta, y, después de unos instantes de silencio, preguntó él, á su vez:

—Y si yo te dijera que los hay, ¿qué me responderías tú?

Sin vacilar respondió Nieves:

—Que esos planes tienen la culpa de que yo no me entusiasme con la noticia que me has dado.

—¡Canástoles!—exclamó aquí Bermúdez saltando otra vez sobre la silla;—¿así estamos ahora?

—¿Cuándo hemos estado de otro modo, papá?—repuso Nieves que por momentos iba alentándose;—¿cuándo me has oído cosa en contrario?

—Mujer, tanto como en contrario, no te diré; pero creerte enterada y perfectamente consentida, eso sí.

—Enterada, pase; pero consentida, no, papá: registra bien la memoria.

—¡Canástoles! harto consiente quien se calla y deja hacer... Tanto más, cuanto que llegué á creer que vosotros, por vuestra parte, estábais proyectando lo mismo que nosotros.

—Pues ese ha sido tu error.

—Admitido; pero ¿por qué no me has sacado tú de él?

—Porque ni tiempo me diste para ello la única vez que hubiera venido al caso, como viene ahora.

—Pero observo que ahora te apura, y antes no te apuraba. ¿Por qué así?

—Ya te lo he dicho: porque lo veo muy de cerca ya.

El pobre don Alejandro no cabía en la silla, de inquieto y de nervioso que le ponía aquel desencanto que sufrían sus candorosas ilusiones. Algunos recelillos habían arraigado en su magín, tiempo hacía, de que el asunto no caminara, por el lado de Nieves, al paso á que deseaba llevarle él; pero aquellas repugnancias expuestas con toda entereza y á tales horas, rebasaban mucho de la línea de sus cálculos. Del montón de reflexiones que le llenaron atropelladamente el cerebro, sacó estas pocas, que le parecieron las más llanas y más propias del momento:

—Demos de barato, hija mía, que yo he estado viviendo en una equivocación continua sobre ese particular, con el mejor y más honrado propósito, y ten entendido que te quiero demasiado para que, con cálculos ó sin ellos, llegara yo nunca á desatender tus repugnancias en asuntos de tanta entidad; porque una cosa es que lo que se cree útil y conveniente y beneficioso para ti, se persiga y se acaricie, y otra muy distinta la imposición forzosa de ello, que en mí no cabrá jamás; en este supuesto, ¿qué mal hallas en la venida de ese

pobre chico, ni á qué te compromete, para que tanto la temas?

—La temo, papá—respondió Nieves al instante,— porque barrunto que Nacho viene para algo más que conocernos, y porque le creo enterado por su madre de esos propósitos vuestros que se conocen ya hasta en casa de Rufita González... ¿No se lo has oído más de una vez? ¿Quién se lo ha dicho sino su tío, el padre de Nacho, ó la tía Lucrecia... ó Nacho mismo? Porque para supuesto, me parece excesiva la matraca de esa simple en cuanto me ve.

—¡Vete tú á saber!... ¿Te ha insinuado él algo á ti?

—Lo suficiente para darme otra prueba de que está bien enterado; y no me ha hablado con mayor claridad, porque en ese punto siempre le he tenido yo á raya. Pues bien: figúratele ya en Pelechés con esas intenciones y muy pagado de lo mucho que se le desea; y considérame á mí con las manos atadas por los respetos que tengo que guardar á los proyectos consentidos y ensalzados por ti. Con todo esto y lo pegajoso y azucarado que él es, no hay remedio, papá: ó tiene que darme á mí muy malos ratos, ó tengo que dárselos yo á él peores. De cualquier modo, la cosa no es divertida.

—¡Canástoles! —saltó don Alejandro enton-

ces.—Es que tú das por hecho que ese chico ha de ser te molesto y aborrecible; y ¿por qué no ha de resultar todo lo contrario después que le trates?

—Porque es imposible eso—respondió Nieves con un acento de convicción tan absoluta, que dejó suspenso á su padre.

—¡Imposible!—replicó éste después de observar con gran sijeza á Nieves que parecía algo pesarosa de su arranque.—¿Y por qué ha de serlo? ¿Qué motivos hay para que lo sea? Hasta ahora todo te parecía simpático en él. La mayor tacha que le ponías era su lenguaje; y no porque te sonara mal, sino por extrañarte el sonido. ¡Bien poca cosa tenías que tacharle! Pues de ayer acá, todo ha cambiado en el pobre chico, como si para mirarle te pusieran un velo negro delante de los ojos. ¿Es verdad esto? ¿sí ó no? Respóndeme, hija mía, pero acordándote de que te has alabado hace un momento de ser llana y á la buena de Dios.

—Otra exageración tuya, papá—dijo Nieves eludiendo la respuesta terminante que se la pedía.—No es ese el caso.

—Corriente—añadió Bermúdez tomando nueva postura en la silla.—Pasemos también por eso, y quédense las cosas donde y como tú quieres ponerlas. Pero bueno ó malo, blanco ó negro, ya está tu primo llegando á las

puertas de Peleches: ¿qué hacemos con él? ¿se las cerramos? ¿le dejamos entrar?

—Tampoco se trata de eso, papá: repáralo bien.

—¡Otra te pegó! Pues ¿de qué se trata, hija mía?

—Se trata de responder á una pregunta que me hiciste al principio. Querías saber por qué no me alegraba yo con la noticia que me diste, y ya lo sabes. No se trata de otra cosa.

—Perdona, hija del alma—repuso Bermúdez con una sonrisilla muy amarga.—Me has explicado, á tu modo, las repugnancias ó disgusto, ó lo que sea, que te produce la noticia que te he dado; pero el porqué, la causa generadora de todo ello, te has guardado muy bien de declarármela.

Algo vivo y muy sensible debió herir en los adentros de Nieves esta salida de su padre, porque no halló reparo que ponerle ni serenidad bastante para suplir con un ademán ó un gesto la falta de una palabra.

—¡Ay, Nieves!—la dijo Bermúdez entonces moviendo desalentado la cabeza:—tampoco yo soy lo que fuí en el modo de mirar ciertas cosas; también tengo, de poco acá, mi correspondiente velo que me cambia los colores. ¡Si supieras qué fantasmas veo algunas veces, y con qué claridad en otras! Por de pronto, veo que



no he vivido solamente en el error que me taste, sino en otros muchos; y voy temiendo que uno de los mayores ha sido el de traerle aquí tan de prisa y con los fines con que te traje.

—Pues si eso ha sido un error tuyo—saltó Nieves emocionada y nerviosa, con la sinceridad de lo que decía bien reflejada en su ojos,—á tiempo estás de enmendarle. Volvámonos desde mañana, desde hoy, si es posible, á Sevilla. Puede que hasta te lo agradezca yo mucho... Créeme, papá, porque te lo digo de todo corazón...

—¡Eso es!—dijo Bermúdez casi aplanado ya,—huídos... ¡huídos, Nieves!... ¿Y de qué... ó de quién, hija mía? ¿Del pobre mejicanillo? Tiene muy poca sombra ese para infundirte tanto miedo. Algún otro coco habrá de mayor talla por ahí... sabe Dios en dónde. Pero ¿qué te importa á ti que le haya ó no le haya?, dirás tú. Y con muchísima razón. Á mí ¿qué me importa, ni qué motivos hay, ni quién soy yo para que me importe?

El pobre don Alejandro se conmovía por momentos; y Nieves, que se lo notaba en la voz, acabó de perder la poca serenidad que le quedaba, y rompió á llorar de firme con la cara entre las manos. Acudió su padre á consolarla, y ella entonces le echó los brazos al cuello.

—¡Pobre papá!—le decía entre besos y lágrimas,—tú no mereces que yo te dé un mal rato... y sin causa ni motivo... porque no los hay... yo te lo aseguro... Es que sucedió lo que temía... que no sé dar á esas cosas serias su propio valor... cuando quiero explicarlas; y no hay más... Yo no haré sino lo que á ti te agrada... ¿Te parece mucho dejarme libre la voluntad en esos planes vuestros?... Pues ni eso te pediré. Y te juro que nunca trataré de imponerte la mía, aunque me fuera en ello la vida entera... ¡Qué más he de decirte? ¿Lo encuentras poco todavía... para perdonarme... y para quererme como siempre me has querido? ¡Virgen María!... ¡Papá del alma!... ¡Si tú supieras!...

Bermúdez no podía contestar á Nieves con palabras, porque no hallaba medio de articular la más sencilla. Suplía esta deficiencia pasajera apretando ó aflojando los abrazos á su hija; y así se entendieron los dos tan guapamente.

Por remate de la escena, que fué larga, logró decir con regular firmeza don Alejandro mientras enjugaba las lágrimas de Nieves con el pañuelo:

—¡Ea, se acabó esto, canástoles! Y ahora, á su cuarto la niña para refrescarse la cara, y sobre todo los ojos, que se nos han puesto como

dos puños... ¡Y unos ojos tan bonitos!... ¡Por vida del... ¡Vaya, vaya!... Se nos va á lo mejor el santo al cielo; se deja uno ir detrás á lo tonto, y luego suceden estas cosas tan desagradables... ¡Canástoles!... ¡como si no hubiera tiempo de sobra en la vida para irse diciendo los secretillos más guardados, poco á poco y cuando mejor nos convenga! ¿No es así, hija del alma?... Conque á recogerse y refrescarse un poquito.

Nieves, que estaba deseándolo, complació bien fácilmente á su padre; el cual, al verse solo y al reconocer su herida, observó que con el final de la reciente escena había desaparecido el clavo, pero dejando la punta dentro.

Cerca del anochecer, llegó don Claudio Fuertes. Mandóle pasar don Alejandro á su gabinete, y allí se estuvieron encerrados los dos hasta la hora de cenar; porque Nieves se acostó muy temprano; y con este pretexto, despidió Catana desde la puerta, cumpliendo las órdenes de su señor, á los dos Pérez cuando llamaron á ella á la hora acostumbrada de todas las noches.

Don Adrián sorprendido y Leto atolondrado, bajaron hasta muy cerca de la botica sin decirse una palabra. Allí fué donde el boticario padre enderezó estas pocas al farmacéutico hijo:

—Verdaderamente es raro, ¡caray!, sí, se-

ñor... es raro. Ni siquiera de cumplido, hombre: «pasen ustedes un momento... avisaré á don Alejandro...» para hacerle el homenaje de amigos... eso es... Pues nada, Leto... portazo, ¡caray! ¿Se habrá sabido aquello? ¿Habremos caído en desgracia?... Si es de cuidado lo de ella... por lo mismo; y si no lo es, igualmente... Vamos, que no hallo razón para el... llámémosle desaire, eso es, inmerecido... Y no me duele por desaire, no, señor: me duele como síntoma, como síntoma de un enojo... eso es, del señor don Alejandro... ¡Caray!, con lo que yo le estimo y le... ¿Lo ves tú de otro modo, Leto?

—Falta saber—dijo éste—si á don Claudio le ha pasado lo mismo que á nosotros; y eso lo sabré mañana, si no lo averiguo esta misma noche.

—Me parece bien pensado, hijo; muy bien pensado... eso es.

—Y si resulta que no ha habido portazo para él, démonos usted y yo por muertos en Peleches.

—¡Caray, caray!





## UN INCIDENTE GRAVE

**E**N buen grado de tensión estaban las impaciencias de Leto para dejadas así hasta el día siguiente, sin el riesgo de un estallido! En cuanto entró en la botica le dijo á su padre:

—Me voy á buscar á don Claudio.

Y se fué. Le buscó en el Casino: no estaba allí. En su casa: tampoco. Anduvo por los sitios en que solía vérselo paseando algunas veces: ni la menor huella de él.

—Pues está en Pelechés sin remedio—se dijo consternado.—Mi desgracia es indudable.

Enderezó los pasos hacia la botica; y al entrar en la plazuela, vió, entre las sombras del fondo, junto á la desembocadura de la Costanilla, un bulto negro que se movía hacia él.

—Es la silueta de don Claudio—pensó, dirigiéndose á su encuentro.

Lo era efectivamente. Se reconocieron; y dijo al instante Leto:

—He andado buscándole á usted por todo Villavieja.

—Y yo venía dudando—dijo á su vez el comandante—si colarme ahora en la botica para hablar con usted delante de don Adrián, ó dejarle recado para que se viera conmigo en mi casa.

—¿Luego tiene usted algo grave que decirme?—observó Leto casi afónico y temblándole todas las entrañas.

—Tanto como grave—repuso Fuertes,—no; pero algo que les conviene saber á ustedes por más de un concepto, sí.

—«A ustedes»—pensó el mozo repitiendo con cierta fruición estas palabras de don Claudio.—Luego no va conmigo solo el cuento; y no yendo conmigo solamente, puede ser otro cuento distinto del que tanto miedo me da. A salir de dudas.—Pues hágame usted el favor—dijo á su amigo, lo bastante bajo para que no lo oyera nadie más que él—de referirnos lo que haya, sea malo ó pésimo, pues bueno, ni casi regular, no lo espero; porque desde el portazo que se nos dió esta noche en Pelechés, estamos mi padre y yo que no nos llega la camisa al cuerpo...

—Lo presumía—respondió Fuertes,—y por

eso no me ha chocado oírle á usted decir que anduvo buscándome por toda la villa... Porque yo estaba dentro cuando ustedes llegaron, y sabía lo que había de suceder, si llegaban, desde un rato antes por haber oído el recado que dió don Alejandro á Catana... Situaciones que el demonio prepara y no puede uno remediar. Al caso.

Y comenzó á referir á Leto lo que afirmó ser «lo único» que él sabía. Según el relato aquel, Nieves y su padre habían tenido una escena un poco desagradable con motivo de la próxima llegada del mejicanillo. Discordancias radicales en el modo de estimar cada uno de los dos aquel suceso. A Nieves, nerviosa y algo tras mudada desde el tremendo de la antevíspera, que continuaba ignorando su padre, se le habían escapado ciertas franquezas que cayeron sobre las suspicacias de don Alejandro como la pólvora sobre el fuego. Porque don Alejandro andaba muy suspicaz desde aquel día, como le constaba á Leto muy bien. Se había dado en él un caso que no dejaba de ser frecuente: el de hallar algo en que no pensaba, buscando otra cosa muy distinta; y lo que había encontrado sin buscarlo, era el fuego en que habían caído las franquezas de su hija; ó si lo quería más claro Leto, las franquezas de Nieves le demostraron, no solamente que su ha-

llazgo no era ilusorio ni soñado, sino que el mal estaba ya hecho y con hondas raíces en la víctima. Bermúdez no había llegado con sus sospechas más que hasta el arranque del camino que conducía á ese mal: no era difícil presumir el efecto que le habría causado el descubrimiento, teniendo, como tenía, sus cálculos hechos y sus ilusiones acariciadas, con otros derroteros muy distintos. Á él, á don Claudio, le había confiado sus cuitas, para pedirle informes, si podía dárselos; algo de luz clara con que guiarse en la lóbrega sima en que había caído tan de repente; porque no podía contarse con lo que espontáneamente declarara Nieves entonces, ni convenía apurarla más en el estado de exaltación en que se hallaba. Más adelante ya se vería. Fuertes se había guardado muy bien de decir á don Alejandro lo que pensaba acerca de tan delicado particular: al contrario, puso todo su empeño en convencer á su amigo de que estaba alarmado sin fundamento alguno. Tarea inútil: don Alejandro quedaba en sus trece y resuelto á poner de su parte todos los medios que considerara prudentes para combatir el mal como debía combatirlo. ¿Qué medios eran ellos? No lo sabía aún con certeza; pero no tardaría en saberlo. El no culpaba, no quería mal á ninguno, porque la mayor parte de las veces se causaban los daños más

graves con los propósitos más honrados; pero se hallaba en una situación de ánimo tan apurada, en un temple tan singular de espíritu, que temía cometer, en presencia de las personas que eran el principal motivo de su disgusto, algún acto que le pesara después. En este pasaje del diálogo se había dado á Catana la orden de no recibir á Leto ni á su padre. «Esto, por de pronto»—había dicho en seguida don Alejandro,—«y bien sabe Dios que me duele en el alma. Iremos tirando con paliativos así lo que se pueda, y después... ya se verá. Usted me hará el favor de entretener á esos señores, con la mejor disculpa que su discreción le dicte, alejados de aquí por unos días, si no le parece que abuso de su bondad.»

—Esto es lo que hay en substancia, Leto—le dijo don Claudio en conclusión.—No sé si refiriéndoselo á usted como se lo he referido, salto ó no salto á la confianza depositada en mí por don Alejandro; pero sé que no es usted hombre que se conforma con parvidades en tragos de esta naturaleza; y, sobre todo, sé que en ninguna sima más honda, ni en arca mejor cerrada que usted, puede guardarse este secreto. Ahora, refiera usted de él lo que mejor le parezca á su señor padre, como yo pensaba hacerle, para que se cumplan las órdenes de nuestro amigo, sin contratiempos como el de esta

noche para ustedes... y ánimo, ¡voto al chápí-ro!, que más amargo y más duro fué lo de anteayer, y se portó usted como un hombre.

El pobre muchacho, con las manos en los bolsillos y la cabeza caída sobre el pecho, no dijo una palabra. El comandante, después de contemplarle unos momentos con expresión compasiva, le puso blandamente la mano sobre la espalda y le preguntó, con esa aspereza cariñosa, tan propia de los hombres que han educado sus afectos entre los rigores de la ordenanza militar:

—¿Duele, amigo?

Irguióse entonces el valiente mozo, y le respondió, oprimiéndole una mano con las dos suyas:

—¡Ay, señor don Claudio!, si después de salvarse Nieves me hubiera quedado yo en el fondo de la mar, ¡qué fortuna para ellos y para mí!

Y sin poder averiguar el comandante si aquel relucir extraño de los ojos de Leto eran lágrimas ó no, le vió caminar á largos pasos hacia la botica, y sin entrar en ella, subir á casa por el portal contiguo.

Don Claudio Fuertes entonces, hiriendo el suelo con un pie antes de echar á andar, exclamó entre dientes con verdadero coraje:

—¡Y qué mejor empleada que en ti, voto al demonio?

Leto subió en derechura á su cuarto con el doble fin de serenarse un poco y de pensar lo que debía referir á su padre, entre todo lo que el comandante le había referido á él. Fué tarea de tres cuartos de hora escasos. Al cabo de ese tiempo, bajó á la botica á menos de media serenidad y con el relato en hilván. No le permitió mayores lujos su pícaro temperamento.

Poco fué lo que dijo á su padre, encerrados los dos en el despacho de la trastienda, como explicación del portazo de Peleches; pero de tal modo y con tal arte de voz, de miradas y de greñas, que dejó al pobre boticario más aturdido de lo que estaba.

—De manera, hijo —observó don Adrián, dale que dale al codo, pero muy suave y lentamente, con el gorro sobre las cejas y la carita rechupada,—que por fas ó por nefas... eso es, pues propiamente luz, no resulta del relato; por fas ó por nefas, repito, esa nube no ha cogido á nadie más que á nosotros... á nosotros dos, eso es. ¡Caray si es duro eso de pensar! Aflige, Leto, aflige... contrista, sí, señor, verdaderamente; apena considerarlo, ¡caray!, porque si uno sospechara cuando menos... si á la dureza, eso es, del castigo, correspondiera la... vamos, la falta; pero si por más que reflexiono, que repaso la... Hombre, ¿á ti te dice algo la conciencia?... Pero ¡qué te ha de decir... su-

pongo yo? ¿Por qué camino andamos hijo y padre... eso es, con esos señores, que no sea llano y descubierto, caray? Si se nos llamara, es un suponer, á residencia, podría uno... Pero ni eso, Leto; ni eso que es tan... de justicia... ¿Habrás, hijo, de por medio algún informe, eso es... algún informe alevoso? Porque verdaderamente, ¡caray!, sin una razón así, no se penetra... Por último, hijo del alma: hagámonos superiores mientras pasen esos pocos días que dice el señor don Claudio... y Dios dirá, eso es; Dios dirá luego... Pero por lo pronto, duele, sí, señor... ¡caray, si duele!

Mala noche pasó el pobre boticario á vueltas con sus inútiles investigaciones mentales; peor que Leto, mucho peor; porque éste, al fin, logró encontrar en medio de sus escozores y espasmos, ya que no un calmante de ellos, un remedio para sufrir hasta con gusto sus rigores; y fué que de pronto cayó en una idea en que hasta entonces no había caído de lleno, á causa de tener la sensibilidad fuera de quicio por la fuerza de sus aprensiones extremadamente pesimistas. Él había *sentido* con lo dicho por don Claudio que era un estorbo en Peleches, y un motivo de perturbación para ciertos planes de don Alejandro Bermúdez. Así, considerándolo en montón; pero estudiándolo mejor después; separando las cosas y examinándolas una por

una, acordóse de que los enojos del señor de Peleches contra él, dimanaban, según don Claudio, de ciertas *franquezas* de Nieves que le habían confirmado en las sospechas que ya tenía. ¡Santo Dios, lo que él vió, lo que él sintió en aquellos momentos! ¡Qué efusiones tan hondas, jamás experimentadas! ¡qué terrores tan nuevos y tan sublimes! ¡qué recelos tan extraños!

Póngasele el sol de repente en las manos á un hombre que le haya estado adorando sin otro fin que adorarle. Pues en una situación por el estilo se vió Leto al dar á las *franquezas* de Nieves la única interpretación que podía darlas por la virtud de los hechos y la fuerza de la lógica. El peso de la mole le aplastaba, la luz resultaba fuego; pero ¡qué martirios, qué torturas, qué muerte tan adorables! Porque él se daba por muerto, como dos y tres eran cinco. Que no estorbaba á Nieves en ninguna parte; que Nieves le había entendido la metáfora del aire y del sol y del humilde puesto para tomarlos, y que lejos de ofenderse con el símil, hasta le había reprendido á él porque no colocaba su banqueta en primera fila, bien sabido se lo tenía, y bien justipreciado en las entretelas de su corazón; pero que el sol descendiera de su trono para... ¡Dios clemente! ¡Cómo no había de execrarle el señor

don Alejandro Bermúdez? Por otra senda bien distinta esperaba él aquella execración; pero ya que había llegado, y pues que era de necesidad que llegara, bien venida fuera por donde había venido. Cierto que el abismo resultaba así más hondo para él que de la otra manera; pero, en cambio, menos frío y solitario; y eso salía ganando en definitiva.

Así entretuvo las largas horas de aquella noche y las del día que la siguió. Poco más ó menos, como las entretenía su padre en la botica y en la cama, y los señores de Peleches en su empingorotado caserón.

Se cruzaban poquísimas palabras entre la hija y el padre; no por enojos mutuos, sino porque temían entrar en conversación. Ella, ya en plena posesión de sí misma y sabiendo por Catana la orden dada por su padre contra los dos Pérez de la botica, le preguntó, muy serena, al tercer día del percance gordo:

—¿Sabes tú por qué no han vuelto por aquí esos señores?

—¿Qué señores?—preguntó á su vez don Alejandro, descubriendo en su turbación que por demás sabía de qué sujetos se trataba.

—Don Adrián y su hijo—respondió Nieves con la mayor tranquilidad.

Bermúdez se quedó lo que se llama cortado; amagó una respuesta evasiva, y lo puso peor.

Su hija no pudo menos de sonreirse al verle tan apurado, y le dijo muy templada:

—Mejor pago merecían de ti: créeme.

Esto ocurría al irse cada cual á su agujero después de la sobremesa.

A media tarde recibió el correo don Alejandro; y en el correo, nueva carta de su sobrino Nacho, fechada la víspera en la ciudad. Debía llevar en ella, por su cuenta, dos días y medio. ¿Le anunciaría ya la salida para Peleches?... ¡Pues en temple estaba el horno para aquella clase de rosquillas! ¡Canástoles, qué lío! Leyó la carta, que era breve, y se le cayó de las manos convulsas.

«Según noticias de buen origen—decía el mejicanillo,—que acabo de recibir, mi alojamiento en Peleches podría originar grandes contrariedades á mi prima, cuyos entretenimientos y placeres, autorizados y consentidos sin duda alguna por usted, son incompatibles con la presencia continua de un extraño, que hasta pudiera suscitar recelos de cierta especie en el afortunado conquistador de los entusiasmos de Nieves. Como no tenía la menor idea de estas cosas y se aproxima la hora de emprender la marcha que le anuncié á usted en mi carta anterior, le pido la merced de una declaración explícita sobre lo indicado, para saber á qué atenerme antes de salir de aquí, ó



para no salir con ese rumbo, si hasta este sacrificio fuere necesario en bien de ustedes, y particularmente de mi encantadora prima.»

Don Alejandro Bermúdez permaneció un buen rato como descoyuntado sobre la silla en que se sentaba, con la cabeza gacha y mirando la carta, que estaba á sus pies, hasta con el ojo huero.

De pronto se sintió poseído de una comezón irresistible; recogió de una zarpada el funesto papel; y estrujándole con los dedos temblones, salió de su gabinete á todo andar en busca de Nieves que estaba en el saloncillo.

—Entérate de esa carta que acabo de recibir—la dijo poniéndola en su regazo.—Otra prueba más de lo injusto que estoy siendo con tus buenos amigos, y dime, después que te enteres de ella, qué contestación he de darla.

También á Nieves, que ya se había alarmado no poco al ver el continente de su padre, le tembló la carta entre las manos: primero por zozobra, y después por indignación. Esta le prestó fuerzas; y con la ayuda de ellas pudo decir á su padre, devolviéndole al mismo tiempo la carta de su primo:

—Esto es una infamia, y nada más.

—¿De quién?—la preguntó su padre dando diente con diente.

—De Rufita González: apostaríala cabeza

—respondió Nieves sin vacilar.—Ya sabes el empeño que tiene en que su primo vaya á vivir con ellas.

—Es posible que no te equivoques—dijo Bermúdez menospreciando aquel detalle del asunto;—pero ¿por qué sabe Rufita González esas cosas?; mejor dicho, ¿por qué han de ser ciertas esas cosas que?... Tampoco es esto: ¿por qué lo que yo me sospechaba viene á confirmarlo Rufita González, ó quien sea el que haya dado la noticia á que se refiere tu primo? Este es el caso, Nieves; éste es el caso de importancia para mí. Niega ahora mis supuestos y llámame injusto, y, sobre todo, dime qué contestación he de dar yo á ese pobre muchacho.

—Si has de darle la que merece—respondió Nieves con gesto despreciativo,—no hay que calentar mucho la cabeza para discurrirla.

—Á ver.

—Rufita González—prosiguió Nieves muy entera—podrá haber cometido una infamia, disculpable en su mala educación, dando las noticias que le ha dado á tu sobrino; pero ¿con qué disculpará él la trastada de haberte venido á ti con el cuento sin más ni más? ¿Te parece eso á ti rasgo de hombre de fuste, ni siquiera de persona decente?

—Poco á poco—repuso don Alejandro tomando con entera decisión y completa buena

se la defensa de su sobrino.—Para fallar sobre ese caso, hay que ponerse en lugar de tu primo. Está para llegar á nuestra casa, y se le dice que va á servir de estorbo en ella en el sentido que á él le duele mucho, porque cabe que traiga el infeliz sus planes muy acariciados... Pues, mujer, ¿qué menos ha de hacer en tales casos una persona sensible y delicada, que preguntar, para evitarse un portazo en las narices: estorbo ó no estorbo? ¿voy ó no voy? Y digo, ¡una persona que viene desde un extremo del mundo, solamente para eso! ¿Te parece que tiene vuelta el argumento, Nieves? Pues no la tiene, aunque otra cosa se te figure. De todas maneras, no se trata aquí de ese particular que, por ahora, es secundario. Mi tema es otro bien distinto, que más tarde ó más temprano había de ventilarse entre los dos, y quisiera yo ventilar ahora mismo, puesto que la oportunidad se nos ha venido á las manos. ¿Estás pronta á complacerme, hija mía?

Nieves, pasando y repasando maquinalmente la aguja con que bordaba por el cendal finísimo que cubría su bordado, y la vista perdida en el aire, dió á entender con un gesto y una leve sacudida de sus hombros, que lo mismo le daba.

—Pues á ello—prosiguió su padre optando por lo que prefería.—Anteayer, aquí mismo y

á estas mismas horas, tuvimos una escena que nos dolió mucho á los dos, por un motivo muy emparentado con el de hoy... Yo te acusé entonces, y tú ni confesaste claro ni negaste, ni tampoco te defendiste; pero dijiste y otorgaste con tu silencio lo suficiente para que yo pudiera formar juicio de todo, como le formé; y teniéndole por bien fundado, tomé una resolución que tú has calificado de injusta pocas horas hace. ¡Es tan distinto del mío tu punto de vista! Pero es el caso que el otro día nos anduvimos tú y yo, por salvar ciertos respetillos, con paños calientes y figuritas retóricas, y que hoy piden las circunstancias que dejemos esos respetillos á un lado y llamemos las cosas por sus nombres para acabar de entendernos... ¿No te parece así?...

—Como quieras—volvió á decir Nieves con el mismo ademán y el mismo gesto de antes, pero algo más descolorida y emocionada.

—Pues allá va en plata de ley—añadió Bermúdez, no muy sereno tampoco.—Entre ese muchacho y tú ha llegado á desenvolverse un... vamos, un afecto, digámoslo así, más... más hondo, más fuerte que el de la amistad...

—¿Qué muchacho?—preguntó Nieves, casi sin voz y temblorosa, con ánimo de alejar un poquito más la respuesta que se la pedía tan en crudo.

—El hijo de don Adrián... Leto, vamos.

—No sé yo—dijo aquí la pobre niña aturullada y convulsa—cómo responderte á eso; porque no está bien claro...

—Á ver si puedo yo ir ayudándote un poquito—interrumpió Bermúdez con un gesto, como si mascara ceniza.—Tú eres una jovenzuela sin experiencia y sin malicias; y él un mozo que, aunque no largo de genio, al fin ha rodado por las Universidades; se ha visto agasajado en Peleches y muy estimado por ti, que no eres costal de trigo; y ¡qué canástoles!, hoy una palabrita y seis mañana, habrá ido insinuándose y atreviéndose poco á poco, hasta despertar en ti...

—¡Él?—exclamó Nieves, reviviendo de pronto por la virtud de aquella injusta suposición de su padre.

—Él, sí—insistió éste con verdadera saña.—¿De qué te asombras?

—De que seas capaz de creer eso que dices—respondió Nieves más serena ya.—¡Él, que es la humildad misma! Se le había de presentar hecho y aceptado por nosotros todo cuanto tú supones, y no había de creerlo. Te juro que no me ha dicho jamás una sola palabra de esas, y que ni le creo capaz de decírmela.

—Pues entonces, ¿qué hay aquí?

—Y ¿lo sé yo acaso, papá? Tú mismo le has

traído á casa; tú mismo me has ponderado mil veces sus prendas y sus talentos; si yo me he confiado á él y le he tomado por guía en unas ocasiones, y por maestro y confidente en otras, por tu consejo y con tu beneplácito ha sido. Tratándole con intimidación y á menudo, como le he tratado delante de ti, casi siempre, he visto que vale mucho más de lo que juzgábamos de él, y que es capaz de dar hasta la vida por nosotros sin la menor esperanza de que se lo agradezcamos. Todo esto sé de él. ¿Tiene algo de particular que yo lo sepa con gusto y que me complazca con el trato de un mozo de tan raros méritos? Pues no hay más, papá, y en eso se estaba cuando me anunciaste la venida del otro.

—Y ahí está el dedo malo precisamente—replicó Bermúdez arañándose las palmas de las manos con las respectivas uñas.—Resultó el contraste, y ¡pum!... á la cárcel Nacho.

—Yo no me opuse á que viniera, recuérdalo... y recuerda también lo que te prometí.

—¿Qué fué lo que me prometiste?; porque, á la verdad...

—Te prometí que dejándome libre la voluntad para... esas cosas, jamás me empeñaría en imponértela á ti, aunque me fuera en ello la vida. Pues hoy te repito la promesa, y sin esfuerzo, papá, créemelo. Yo empiezo á vivir

ahora, y me encanta esta libertad que gozo á tu lado y entre pocos y buenos amigos. ¡Cómo han de caber en mí otros planes tan contrarios, ni siquiera tentaciones de hacerlos?

—Concedido que no me engañas en eso que dices... ni en nada, porque la condición de veraz tampoco quiso negártela Dios; pero no basta para remate de este condenado pleito. Por lo mismo que careces de experiencia para discernir ciertos achaques del alma, es de necesidad que yo estreche un poco más los argumentos para saber á qué atenerme sobre el particular de que tratamos. No tienes planes de cierta especie, ni la menor idea de imponerme tu voluntad ni tus caprichos: corriente; pero suponte ahora que yo te digo: es indispensable, absolutamente indispensable, cambiar de vida, de estado... en fin, hija, casarse, porque, de otro modo, ahorcan. Aquí tienes dos aspirantes: tu primo Nacho y Leto. Elige.

—Pues á Leto—eligió Nieves sin vacilar.

—¡Muy bien!—dijo su padre dando pataditas en el suelo para desahogar la inquietud que le consumía.—Pues ahora te pongo delante al propio boticario ese, y al mejor mozo y más rico y más honrado y decente de Sevilla, y te vuelvo á decir: elige.

—Á Leto—insistió Nieves.

—¡Canástoles!—exclamó don Alejandro en

los últimos extremos ya de la congoja que le ahogaba:—¡qué aberraciones, hombre! Pues ahora te mando elegir entre el propio desastrado farmacéutico y el Príncipe de Asturias, si le hubiera, y soltero y galán... el Emperador de todas las Rusias y del Universo mundo...

—Pues también á Leto...

—¡Y afirmabas que no había planes ni...

—¡Pero si vas tú dándomelos hechos, papá!

—Pues arderá Troya, hija... y por los cuatro costados, antes que las cosas vayan por donde no deben de ir.

Mascullando estas palabras se apartó de Nieves sin detenerse á observar el estrago causado en ella por sus nunca vistas destemplanzas.

En parecido temple de nervios le halló poco tiempo después don Claudio Fuertes. Cabalmente llevaba encargo de don Adrián, muy encarecido y casi llorado, de interceder por ellos, de suavizar asperezas, y propósito muy bien hecho de complacer al bendito boticario, por creerlo conveniente y hasta de justicia.

¡En mal hora lo intentó!

—No solamente—le dijo don Alejandro, hecho un erizo—mantengo la resolución tomada el otro día contra ellos, sino que la adiciono con el propósito firme de que en todos los días

de su vida vuelvan á poner los pies en mi casa. Que lo tengan entendido así.

Don Claudio Fuertes no halló modo de calmar la iracundia de su amigo, á quien desconocía en aquel estado, ni siquiera de hacerle soportable ninguna conversación. Sospechando que preferiría estar solo, despidióse de él á poco de haber llegado, y se fué sin poder averiguar qué nueva mosca había picado al buen señor de Bermúdez para ponerle tan rencoroso como estaba contra los dos Pérez de la botica, aunque presumiendo que todo sería obra de alguna «franqueza» de Nieves, por el estilo de las de marras.

Dióle mucho que cavilar la racional sospecha; vió las cosas con espíritu sereno y por todas sus caras á la luz de los antecedentes que tenía, y sacó en limpio que, saliera pez ó rana en definitiva, era de necesidad, por de pronto, enterar á don Adrián del mal éxito de sus negociaciones, para que Leto, que se hallaría presente, lo tuviera entendido en la correspondiente proporción.

Y se fué derecho á la botica, donde, por haber hallado á los dos Pérez solos, les informó, con las debidas atenuaciones de caridad, de lo mal que andaban sus negocios en Peleches.

Á don Adrián le faltó poco para desmayarse.



## XXIII

## LA TRIBULACIÓN DEL BOTICARIO

**M**EDIA hora después, con la faz macilenta y alargada, el ojo triste, las rodillas trémulas y la respiración anhelosa, subía el pobre hombre hacia Peleches. El sobrepeso agregado por don Claudio á su cruz, se la había hecho insoportable. No podía vivir así. Formó su resolución con voluntad heroica; y en cuanto llegó el mancebo á la botica, y se marchó el comandante, y Leto subió al piso, cogió él el sombrero y la caña... y ¡hala para arriba! Podría suceder que no se le franqueara la puerta al primer golpe: él insistiría una, dos y ciento y mil veces, hasta que los mismos robles se ablandaran; ó se colaría por los resquicios, ó tomaría la casa por asalto... Que el señor don Alejandro, al verse con él cara á cara, se la llenaba de oprobios... ¿y qué? Cualquiera afrenta, la más dura agresión «antes, eso es, que aquellas incertidumbres,